

Ten su imagen en tu oratorio ó en tu cuarto; rezale cada día la oracion que canta la Iglesia en honra suya, y celebra el día de su fiesta todos los años con nuevo fervor y devocion. En este día nunca dejes de confesar y comulgar, para que le sean mas gratas tus oraciones. Es piadosa devocion ayunar el día antes de la fiesta, y no es menos provechosa la de vestir cada año alguna pobre doncella, ó hacer alguna limosna en honor suyo.

DIA VEINTE Y SIETE.

SAN PANTALEON, MÁRTIR.

Fué san Pantaleon uno de los mas ilustres mártires de la fe de Jesucristo, y nació en Nicomedia de Bitinia, ciudad que el emperador Diocleciano habia escogido para su residencia. Su padre Eustorgio era gentil, y su madre Eubula era cristiana. Aprovechóse la madre con destreza de las bellas disposiciones de corazon y de entendimiento que reconoció en su hijo para darle desde su niñez la primera tintura de la religion cristiana; pero habiendo muerto antes que Pantaleon tuviese edad para aprovecharse de sus instrucciones, tomó Eustorgio á su cargo la educacion del niño; y como era uno de los mas obstinados paganos de Nicomedia, tuvo gran cuidado de inspirar á su hijo una grande aversion al nombre cristiano, y de imbuir bien su entendimiento en las supersticiones gentilicas. Viendo el padre la inclinacion que mostraba Pantaleon al estudio de las ciencias, no perdonó medio alguno para que se instruyese en las mas amenas, y tuvo el consuelo de verle sobresalir en breve tiempo tanto en las letras humanas como en la filosofia; pero sintiénd-

dose muy inclinado á la medicina, se aplicó particularmente á ella. Hizo tantos progresos en esta facultad, que muy en breve fué Pantaleon uno de los médicos mas hábiles que habia en Nicomedia; tanto, que movido el emperador Galerio Maximiano, así de su reputacion, como de su ingenio, de la suavidad de sus costumbres, y de sus cultos y cortesanos modales, le nombró por su médico ordinario.

La precision de asistir á la corte de aquel príncipe era un medio muy á propósito para borrar de su corazón hasta los mas leves vestigios del cristianismo que pudiesen haber estampado en él las piadosas instrucciones de su madre; pero por dicha suya le preparó la bondad del Señor un auxilio que no esperaba, y fué bastante para que volviesen á rayar en su alma aquellas primeras luces.

Tuvo ocasion de hablarle en cierto día un santo presbítero llamado Hermoláo, y enamorado de su buen natural y de su viveza, de su afabilidad y de sus gratísimos modales, así por esto, como por su conversacion y por su fisonomía, sospechó que Pantaleon habia tenido mejor escuela que la comun de los paganos. Llamóle á parte, y le dijo que deseaba hablarle mas despacio. Consintió Pantaleon, y apalabrado el día y el lugar, concurrieron ambos al sitio señalado. Rompió Hermoláo la conversacion diciéndole: *O yo me engaño mucho, ó á lo que me parece descubrir en tu modo y en tu semblante, tú solo eres gentil por costumbre, por bien parecer, ó por razon de estado; pero ni tu entendimiento ni tu corazon han sido siempre paganos.* — Confieso, respondió Pantaleon, *que soy hijo de madre cristiana, y que esta me comenzó á instruir en las máximas de su religion; pero murió muy presto, y no tuve tiempo para ser cristiano.* — *Segun eso, replicó Hermoláo, no eres idólatra por eleccion; pero ¿ un hombre de tu capacidad en materia de religion se ha de dejar*

llevar de la corriente?—Hasta ahora, respondió Pantaleon, solo he pensado en estudiar mi medicina.—Y en ella has adelantado mucho, prosiguió Hermoláo, haciéndote médico famoso; pero ¿de qué te sirve la ciencia de la salud, si ignoras la de la salvacion? Créeme, Jesucristo es distinto maestro que Galeno y Esculapio; estos dan unos preceptos muy limitados, y mucho mas dudosos para conservar una salud que al cabo se ha de perder; pero la doctrina de nuestro divino Maestro da la vida, y una vida que en el cielo dura eternamente. Reconociendo Hermoláo que sus palabras hacian impresion en Pantaleon, le explicó los misterios de nuestra santa religion con tanta claridad y con tanta energia, que el médico se mostró casi convencido, prometiendo al zeloso catequista, que para la segunda conferencia traeria pensado lo que debia hacer, pues realmente conocia que para ser feliz era menester ser cristiano.

Cuéntase que, paseándose un dia á tiempo que iba revolviendo en su pensamiento la mudanza que trataba de hacer, encontró en el camino á un niño muerto por la mordedura de una víbora, y junto al cadáver la víbora que le habia mordido. Animada su confianza con aquellos como crepúsculos de la fe de Jesucristo, le ocurrió de repente hacer la experiencia de si era tan grande su poder como le habia ponderado el presbítero cristiano. Acercóse al niño, y en tono determinado y resuelto, le dijo: *Levántate, muerto; así te lo mando en nombre de Jesucristo: y tú, animal ponzoñoso y maligno, muere al instante.* En el mismo punto murió la víbora, y resucitó el niño; y asombrado Pantaleon del milagro, corrió al santo catequista, refirióle lo que le acababa de suceder, y le pidió el bautismo.

Recibióle, y no le cabia el gozo en el pecho al verse ya cristiano. Estaba impaciente por hacer partici-

pante á su padre de la misma dicha y verle convertido; pero conociendo su obstinacion y encaprichamiento en el paganismo, le pareció preciso contemporizar, y valerse de alguna industria para convencerle. Dejóse ver delante de su padre con un aire triste, taciturno y pensativo; preguntóle el viejo cuál era el motivo de su melancolia. Señor, le respondió Pantaleon, arrancando un profundo suspiro, *las extravagancias de nuestra religion me traen turbado, y me tienen revuelta la cabeza. Si nuestros dioses fueron hombres, ¿por qué arte se hicieron dioses? Por otra parte, no se puede negar que ofrecemos sacrificios á unos ídolos, que ni tienen ojos para ver lo que les ofrecemos, ni orejas para oír lo que les pedimos. A esto se añade lo que estamos viendo: del mismo metal de que se fabrican las ollas se fabrican los dioses; y no pocas veces habeis visto vos mismo que los que hoy eran dioses, á quienes ofreciamos incienso, mañana son ollas en que se cuece el potaje.* No sabiendo el viejo qué responder, se mostró dudoso y titubeante; mas para convertirle era menester un milagro. Fué un ciego en busca de Pantaleon, y quejóse de que los otros médicos por curarle un mal que padecia en los ojos, á fuerza de remedios le habian dejado sin vista. Ofrecióle Pantaleon que al instante la recobraría, y le pondría bueno, como le diese palabra de abrazar la religion cristiana. Sorprendió tanto al ciego como al padre la proposicion; pero el milagro los convirtió á entrambos. Apenas hizo oracion el santo, invocando el nombre de Jesucristo sobre el enfermo, cuando quedó sano, y los dos recibieron el bautismo.

Con la conversion del padre aun se enfervorizó mas el hijo; porque, habiendo llamado Dios á sí al buen viejo, luego que Pantaleon se vió heredero de todos sus bienes, los vendió, y repartió el precio entre los pobres. Es verdad que continuó con la profesion

de médico, pero de médico divino, que curaba las enfermedades del alma, curando milagrosamente las del cuerpo; y así por medio de su industrioso zelo creció prodigiosamente el número de los fieles.

Pero la gran reputacion que se habia adquirido nuestro santo con sus milagrosas curas, excitó la emulacion y la envidia de los médicos. A breve tiempo descubrieron que era cristiano, y al punto le delataron al emperador Maximiano, que se hallaba á la sazón en Nicomedia. Sorprendido extrañamente el principe al ver que mantenía en su misma corte á un enemigo de sus dioses, quiso informarse de la verdad por sí mismo; y para que Pantaleon no la negase, ó para tener con qué vencerle si la pretendía oscurecer, examinó por su persona al ciego que habia curado el santo, y metía mucho ruido en la ciudad. El nuevo cristiano refirió sencillamente cuanto habia pasado, y que el médico Pantaleon le habia restituido la vista, sin otro medicamento que invocar el nombre de Jesucristo. Intentó persuadirle el emperador, que aquel beneficio le debia á los dioses del imperio. ¡Ah Señor! (le replicó el ciego) ¿cómo quiere V. Majestad que me restituyesen la vista unos dioses que no ven? Irritó tanto á Maximiano esta animosa respuesta, que mandó le cortasen al punto la cabeza.

Y no dudando ya de que era cristiano Pantaleon, le mandó llamar; y en tono airado, pero en que se dejaba traslucir la estimacion, y aun el amor que profesaba á su médico ordinario, le dijo: «Nunca hubiera creído que el hombre, á quien mas he colmado de honras y de bienes en mi corte, fuese el mayor enemigo de los dioses del imperio. Confieso, señor, respondió Pantaleon, que desde que Dios me hizo la gracia de darme á conocer las supersticiones del paganismo, concebí un sumo desprecio de esos demonios que vosotros llamais dioses: ¿cuál es su

poder, su soberanía, su duracion? No hay entre ellos ni uno siquiera de cuyo nacimiento y origen no tengamos noticia; no se ignoran sus flaquezas, ni sus pasiones; sábense hasta sus maldades y sus vicios. La impiedad y la locura de los hombres convirtió en dioses los hombres mas malvados.» Viendo nuestra santo que el emperador estaba como cortado, aunque salía á los ojos la cólera que ardía en el corazón, se adelantó á hacerle una proposicion que fué recibida con general aplauso de todos los circunstantes.

«Y para que V. Majestad se desengañe, añadió Pantaleon, de que todas esas deidades son unas estatuas muertas, y no mas, y que solo es verdadero Dios el Dios de los cristianos, tráigase aquí á vuestra presencia un enfermo desahuciado de todos los médicos, invóquense vuestros dioses para que le sanen, ofrézcaseles sacrificios, y veremos si tienen poder y habilidad para curarle; yo invocaré á Jesucristo mi Salvador, con una segura confianza de que, luego que haya pronunciado su santo nombre, quedará enteramente sano.»

Como todos interesaban tanto en el desafio, no fué posible rehusarle, y así por mas que el emperador se irritó contra Pantaleon, procurando aterrarle con amenazas, fué preciso hacer á su vista la experiencia del quimérico poder de sus dioses. Trájose á presencia de todo el concurso un paralítico impedido de todos sus miembros mucho tiempo habia; apuraron los gentiles todas sus devociones, sus sacrificios y sus deprecaciones; pero el paralítico se quedó como se estaba: hace oracion Pantaleon á la vista de toda la muchedumbre que habia concurrido á palacio; levántase, acércase al enfermo, hace sobre él la señal de la cruz, mándale en nombre de Jesucristo que se ponga bueno, y en el mismo instante se levanta el paralítico, diciendo á voces que no hay otro verda-

dero Dios sino el Dios de los cristianos. Hizo este milagro tan maravilloso efecto en el ánimo de los que le vieron, que se convirtió la mayor parte de ellos; y por mas que el emperador se esforzaba en persuadir que todo era artificio mágico y encantamiento, no resonaba otra cosa en las calles de Nicomedia que elogios y aplausos del poder de Jesucristo.

Pero enconado Maximiano con las sugerencias de los sacerdotes de los ídolos, le pareció ser preciso desacreditar con el rigor de los suplicios al que respetaba todo el pueblo como á hombre favorecido del verdadero Dios. Mandó, pues, que fuese llevado Pantaleon á la plaza mayor, y que allí á la vista de toda la ciudad despedazasen su cuerpo con garfios de hierro, y aplicasen á las heridas hachas encendidas, y que despues le metiesen en una caldera de plomo derretido. Apareciósele el Salvador al principio de estos tormentos, y le hizo como insensible á tan horribolos suplicios. Mas enfurecido el emperador en vista de tantos prodigios, mandó que, atándole al cuello una piedra de enorme corpulencia, fuese precipitado en el mar; pero este elemento tambien le respetó, y le volvió á arrojar sano y salvo á la orilla. Una máquina armada de navajas y puntas de acero, que al primer movimiento naturalmente le habia de hacer trozos, no le hizo el mas leve daño; antes desbaratándose de repente, quitó la vida á muchos gentiles que asistian á aquel nuevo género de suplicio.

A este tiempo dieron noticia al emperador de que el presbítero Hermoláo habia convertido á Pantaleon. Con eso se persuadió que, si lograba hacer apostatar á aquel buen viejo, presto se pervertiria el mismo Pantaleon con el ejemplo de su maestro y catequista. Mandó, pues, buscar al santo presbítero, y le amenazó con los mas horribolos tormentos si no renunciaba á Jesucristo en aquel mismo punto. No dió otra

respuesta Hermoláo que reirse de las amenazas del emperador. Comenzóse el interrogatorio, y á las primeras palabras se sintió un temblor de tierra tan violento, que todos creyeron que iban á quedar sepultados en las ruinas de los edificios. Dijo el tirano al pueblo que aquello era señal de la cólera de los dioses; á que prontamente replicó Hermoláo: *¿Y qué dirias, señor, si esos vuestros mismos dioses se hubiesen hecho pedazos con el terremoto?* Fué así; pues apenas acabó el santo de pronunciarlo, cuando un horrible alarido de los paganos informó al emperador de que todos los ídolos de la ciudad se habian hecho añicos y polvo en la ruina de los templos. Aturdido Maximiano con este suceso, mandó cortar la cabeza á Hermoláo, y condenó á Pantaleon al mismo suplicio. Atóle el verdugo al tronco de un olivo; le descargó sobre el cuello muchos golpes con el afilado sable; pero ninguno le hirió ni aun lijeramente, hasta que el santo, con una piadosa impaciencia de ir á recibir en el cielo la recompensa debida á sus trabajos, suplicó á Jesucristo no le dilatase mas la corona del martirio, la que recibió en fin el dia 27 de julio del año de 305; y con él tuvieron parte en la misma gloria los santos Hermipo y Hermócrates, compañeros del santo presbítero Hermoláo.

Las reliquias de san Pantaleon fueron trasladadas de Nicomedia á Constantinopla, y colocadas en el sitio donde se celebró despues el segundo concilio general el año de 381, en tiempo de Teodosio el Grande, por cuyo motivo se llamó el oratorio ó la capilla de la Concordia. Regalólas con el tiempo el emperador del Oriente á Carlo Magno, y este las trasladó á Francia, venerándose la cabeza en la iglesia de Leon, y el resto en el monasterio de San Dionisio.

« En la iglesia de las señoras agustinas recoletas

del real convento de la Encarnacion de Madrid se conserva dentro de una ampollita de cristal una pequeña porcion de la preciosa sangre de este glorioso mártir.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Nicomedia, el martirio de san Pantaleon, médico, quien, prendido por la fe de Jesucristo de orden del emperador Maximiano, fué puesto en el potro y expuesto á la llama de unas lámparas. Mas una aparicion del Señor en medio de tamaños suplicios le procuró un santo refrigerio. En fin, consumó su martirio á filos de la cuchilla.

En el mismo lugar, san Hermólas, presbítero, que con sus controversias convirtió á san Pantaleon, y tambien á los dos hermanos san Hermipo y san Hermócrates, quienes, despues de haber sufrido muchos suplicios, fueron condenados á la pena capital por el mismo Maximiano, porque confesaban á Jesucristo.

En Nola, san Félix, santa Julia, santa Inconda, mártires.

En Bisegli en la Pulla, san Mauro, obispo, san Pantalemon y san Sergo, que padecieron martirio bajo el emperador Trajano.

En el país de los Homeritas, la conmemoracion de los santos mártires que el tirano Dunaan mandó entregar á las llamas por la fe de Jesucristo.

En Córdoba en España, san Georgio, diácono, san Félix, san Aurelio, santa Natalia y santa Liliosa, martirizados en la persecucion de los Arabes.

En Éfeso, la fiesta de los siete Durmientes, san Maximiano, san Malco, san Martiniano, san Dionisio, san Juan, san Serapion y san Constantino.

En Auxerre, la muerte de san Etero, obispo y confesor.

En Constantinopla, santa Antusa, virgen, que bajo el emperador Constantino Coprónimo fué azotada por el culto de las santas imágenes, y murió desterrada.

En Metz, el fallecimiento de san Frenino, obispo.

En Lons-le-Saulnier en Borgoña, san Desidero, obispo de Besanzon.

En Bear, san Galactorio, obispo de Lescar, que suscribió al concilio de Agda.

En este mismo dia, san Simeon, monje, mencionado en todos los ejemplares hieronímicos.

En Etiopia, san Ecleso, obispo, que mandó construir la iglesia de Santa María la Mayor en su casa paterna, y fué enterrado en San Vital.

En Escocia, santa Púmica, virgen.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut, intercedente beato Pantaleone martyre tuo, et à cunctis adversitatibus liberemur in corpore, et à pravis cogitationibus mundemur in mente. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, nos concedas, por la intercesion de tu bienaventurado mártir Pantaleon, que seamos libres de todas las calamidades del cuerpo, y que nos veamos limpios de todos los malos pensamientos del alma. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 2 de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo.

Charissime : Memor esto Dominum Jesum Christum resurrexisse à mortuis ex semine David, secundùm evangelium meum, in quo laboro usque ad vincula, quasi malè operans : sed verbum Dei non est alligatum. Ideo omnia sustineo

Carísimo : Acuérdate que el Señor Jesucristo del linaje de David resucitó de la muerte segun mi evangelio. Por el cual yo padezco hasta las prisiones como malhechor : pero la palabra de Dios no está aprisionada. Por esto sufro todas las

propter electos, ut et ipsi salutem consequantur, quæ est in Christo Jesu, cum gloria celesti. Tu autem assecutus es meam doctrinam, institutionem, propositum, fidem, longanimitatem, dilectionem, patientiam, persecutiones, passiones: qualia mihi facta sunt Antiochiæ, Iconii, et Lystris: quales persecutiones sustinui, et ex omnibus eripuit me Dominus. Et omnes qui piè volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.

cosas por amor de los elegidos, para que ellos consigan tambien la salud que está en Cristo Jesus con la gloria celestial. Pero tú has seguido de cerca mi doctrina, mi modo de vivir, las intenciones, la fe, la longanimitad, la caridad, la paciencia, las persecuciones, los trabajos, como los que me sucedieron en Antioquia, en Iconio, y en Listris: las cuales persecuciones yo sufrí, y de todas me libró el Señor. Y todos aquellos que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesus, padecerán persecucion.

NOTA.

« Es cierto que ya estaba preso san Pablo cuando » escribió esta segunda epístola á Timoteo. Este era » obispo de Éfeso, y el Apóstol se hallaba cercano á » su martirio, por lo que san Crisóstomo llama á esta » carta el testamento de san Pablo. »

REFLEXIONES.

Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo padecerán persecucion. Si hubiera dicho, todos los que quisieren vivir desordenadamente, licenciosamente y segun el espíritu del mundo, serán perseguidos, y tendrán necesariamente mucho que padecer en una religion tan pura, tan santa y tan perfecta, sería una proposicion justa, y en creerla no habría dificultad; pero que hayan de padecer persecucion los que quieren vivir segun el espíritu, las máximas y las leyes de esta religion, y que la persecucion haya de ser suscitada por aquellos mismos que la pro-

fesan, esto es lo que verdaderamente trastorna la razon. Mas al fin cuando se considera que el mismo Jesucristo fué perseguido por aquellos mismos que tanto tiempo habia le estaban pidiendo, y le estaban deseando; cuando se hace reflexion á que este divino Salvador, que era la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, fué tan maltratado; cuando se piensa seriamente que estuvo en este mundo, el cual habia sido hecho por él, y que el mundo no le conoció; que el que vino á salvar los pecadores, Jesucristo, el Mesías tan deseado, se dejó ver en su misma herencia, y los suyos no le recibieron; ¿quién se admirará de que padezcan persecucion en este mundo los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo? ¿Qué profeta dejó de ser perseguido por aquellos á quienes anunciaba la voluntad del Señor? Hay en el hombre cierto fondo de malignidad, que todo lo corrompe si no se tiene cuidado de purificarla con la penitencia; nacen con él las pasiones, y ellas son las que levantan aquellas nieblas que ofuscan las luces de la fe, y debilitan la misma razon natural: si no se procura domar con tiempo estos enemigos domésticos, pervierten el mejor natural, y caminando siempre de acuerdo con los sentidos, dan la ley, se apoderan del corazon, se hacen dueños del entendimiento, y tiranizan á todo el hombre. Como son tan pocos los que no se dejan llevar de la corriente, como las pasiones toman todas las entradas, reinando siempre en la infancia, y siendo mucho mas despóticas en la juventud, es siempre mayor el número de los partidarios del mundo, porque siempre cuentan las pasiones mayor número de esclavos. Esto es lo que engruesa el partido de aquel, aumentando el de los enemigos de Jesucristo. El rebaño de Jesucristo siempre será el menor, y por consiguiente el mas expuesto á los insultos: pero al fin alégrese el mundo cuanto

quisiere de que tiene de su parte la muchedumbre, durará poco su alegría, sobre ser muy superficial; el reino de los cielos es la herencia de los pocos, resérvase para la pequeña grey.

El evangelio es del cap. 10 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nihil est operatum, quod non revelabitur; et occultum quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, prædicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere; sed potius timete eum, qui potest et animam et corpus perdere in gehennam. Nonne duo passeress assere videntur, et unus ex illis non cadet super terram sine Patre vestro? Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus meliores estis vos. Omnis ergo, qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo, qui in caelis est.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Nada hay escondido, que no venga á descubrirse; ni oculto, que no llegue á saberse. Lo que os digo á oscuras, decidlo públicamente; y lo que se os dice al oído, predicadlo desde los tejados. No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; antes bien temed á aquel que puede arrojar al infierno el alma y el cuerpo. ¿Por ventura no se venden dos pájaros por la menor moneda, y ninguno de ellos cae sobre la tierra sin la voluntad de vuestro Padre? Pero á vosotros os tiene contados todos los cabellos de la cabeza. No temais, pues: mucho mas valeis vosotros que muchos pájaros. Cualquiera, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos.

MEDITACION.

DEL INFIERNO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que hay infierno, es decir, un lugar en que todo el poder de Dios junta todos los tormentos

para castigar, para atormentar á los que mueren en desgracia, y para hacérselos padecer eternamente.

La cólera de todo un Dios irritado enciende en él un fuego de un ardor, de una vivacidad incomprendibles, que no solo abrasa los cuerpos, sino tambien las almas. Un condenado está sumergido, sepultado, anegado en aquel fuego inmóvil, en medio de aquel fuego, penetrado de aquel fuego, sin poder respirar mas que el fuego que le abrasa. Cada momento padece nuevo dolor y nuevo suplicio; y por un prodigio espantoso de rigor, efecto todo del poder divino, el condenado padece todos los suplicios juntos en cada momento.

Pero por espantosas, por incomprendibles que sean aquellas penas, se puede decir que son poca cosa en comparacion de aquel penetrante dolor, de aquella eterna desesperacion que le causa la memoria del tiempo pasado, lo mal que se aprovechó de él y de tantas gracias como tuvo.

La falsa brillantez de las honras que le deslumbró; los bienes fantásticos que le ocuparon; la engañosa apariencia de los deleites que le tuvieron como encantado; la vanidad de los objetos que le apartaron de Dios; la ridiculez de los que se llaman respetos humanos; y la nada de las grandezas del mundo, todas estas son otras tantas furias que despedazan, que taladran el corazon de un infeliz condenado.

¡Qué, por gozar de unos sucios y momentáneos deleites, por satisfacer mi orgullo y mi vanidad, por contentar mi pasion me he precipitado en estos hornos eternos! Fantasmas de grandeza, fortuna quimérica, vanas ideas de felicidad, mil veces os condené, y no dejé de irme tras de vosotras; y por haberme apacentado de vuestra engañosa esperanza me veo condenado. Pude salvarme; ¡cuántas saludables inspiraciones desprecié! Nunca me faltaron los